

SUMARIO

*El desastre.—Tristes resultados de tristes historias, por el Capitán Subrio Escápula.—
Los aviadores voluntarios alemanes.—Nuevas bocas de fuego en las plazas fuertes.—
Máquina para lanzar granadas de mano.—Ojeada sobre la guerra turco-balcánica,
por J. C. Guerrero.—Bibliografía.*

BIBLIOTECA

Pliego 48 de «Geografía Universal» (2.º tomo), por D. Luís Trucharte.
Pliegos 17 y 18 de «Una visita al ejército ruso», por D. Carlos Requena.
Fé de erratas de «Resolución de los problemas de tiro.,»

EL DESASTRE

Pocas veces ó acaso nunca se ha visto en la historia el caso de lo que acaba de suceder con Bulgaria; á una victoria rápida y completa ha sucedido una derrota absoluta, tan absoluta que equivale á la destrucción de todo el ejército. Tal es el concepto general que de los hechos recientes se ha formado la masa del público, que no halla explicación posible ni satisfactoria á dos acontecimientos que se contradicen y niegan.

Pero el contraste no ha sido tan grande y marcado como muchos se imaginan; verdad es que la prensa europea, puesta al servicio de Bulgaria, no ha perdonado medio para hacer creer en las brillantes victorias de los búlgaros, cuyos ejércitos estaban adornados de cuantas cualidades puedan apetecer los mejores ejércitos modernos: pericia y sabiduría, prudencia y energía en el mando, instrucción y disciplina, valor y sobriedad en las tropas y un material excelente y abundante. Había, sin embargo, mucho de fantasía en tan hermoso cuadro.

A principios de mayo pasado, precisamente cuando más interés tenían los búlgaros en exagerar sus victorias, con la mira piadosa de intimidar á sus rivales, los serbios y griegos, para alzarse con el santo y la limosna conquistados por todos los aliados, escribí en «La guerra de Oriente» el siguiente párrafo: «En el campo de batalla las victorias de los búlgaros se han debido más que á su superioridad militar, á la desorganización turca y á la torpeza del alto mando otomano. Los búlgaros han distado mucho de revelárenos como un ejército modelo, de relevantes cualidades, tal como lo presentaban los partes y correspondencias del primer periodo de la guerra. En cuanto Nazim puso algo de orden en el ejército y restableció la disciplina, cesaron de obtener ventajas los búlgaros, y todos sus esfuerzos se estrellaron contra Tchataldya y Bulair; pero los turcos no podían ya hacer más que eso, una defensa pasiva, porque el espíritu y la ca-

pacidad para la ofensiva no se improvisan, sino que son obra de una larga y paciente preparación, iniciada en los últimos años del Gobierno de Abdul Hamid y completamente extinguida por los desaciertos del partido "Unión y Progreso".

Cuando se comenzó á descorrer el velo sobre el sitio de Adrianópolis, se vió claro cuan ficticia había sido la reputación militar de Bulgaria. La misma victoria de Kirk-Kilisé debió ser una derrota manifiesta, á no haber mediado contra los turcos la desmoralización y el pánico de los redifs y las inauditas deficiencias de los servicios de Intendencia; la batalla de Lule-Burgas-Bunar-Hisar, la ganaron los búlgaros no por la fuerza de las armas, sino por el abandono incomprensible del cuerpo que cubría el centro turco, cuyas tropas se declararon en retirada ó en huida, á pesar de que los búlgaros apenas ejercían acción contra ellas por no disponer en aquel sector más que de una brigada. La derrota de Tchataldya no admite atenuaciones y los repetidos fracasos que los búlgaros sufrieron en toda la segunda campaña, aparte del sitio de Adrianópolis, son lo bastante conocidos para que ya no haya necesidad de puntualizarlos é insistir en ellos.

De manera que, en realidad, Bulgaria dió con un premio grande de la lotería, y se encontró con la guerra ganada á pesar de los desaciertos y de la lentitud con que condujo las operaciones.

La reputación militar de los serbios quedó bien cimentada, aunque es verdad que no les cupo, sino á sus aliados los búlgaros, la parte más difícil de la campaña; y en cuanto á los griegos, sus laureles tampoco fueron completamente legítimos.

Declaradas más tarde las hostilidades entre las tres aliados balcánicos, apoyados además los serbios por los montenegrinos, los búlgaros fueron batidos en toda la línea desde los primeros momentos, y á los quince días su ejército estaba completamente deshecho, había perdido la disciplina y era impotente contra el ataque de fuerzas notoriamente inferiores; cesó de existir como masa organizada, y degeneró en una muchedumbre acéfala, tímida é indisciplinada. No fueron solo los serbios quienes llevaron el terror á las filas búlgaras, sino que también los griegos les batieron en toda la línea, alcanzando mayores y más veraces victorias que las obtenidas en las otras campañas contra los turcos.

A fin de cuentas, al liquidarse el embrollo balcánico, habrá que repetir la famosa pregunta que se puso de moda después de la guerra turcorusa de 1877-78: "¿Dónde está el búlgaro?", y se le tendrá que ir á buscar en alguno de los rincones y escondrijos del Raslog ó de otras montañas. ¡Pobre Dimitriev, que ya había visto su apellido seguido del apelativo "Napoleón balcánico"! ¡Y pobre Savov, denominado el Moltke búlgaro! Ni Dimitriev ni Savov podían llegar á más, ni á menos Napoleón y Moltke.

Digase lo que se quiera, el ejército búlgaro no ha tenido nunca consistencia; el desastre de los dos regimientos de la brigada de Sófia en la batalla de Kirk-Kilisé, desastre repetido con agravantes en los últimos días de marzo frente á la línea de Tchataldya, no hacían presagiar nada bueno para cuando los búlgaros se encontraran frente á frente de un enemigo que mereciera el nombre de tal.

La iniciativa en la región de las hostilidades, la iniciativa en los puntos de ataque y en el momento de emprenderlo, la iniciativa táctica y estratégica, en una palabra, la han tenido los búlgaros acaso más en su corta campaña contra serbios y helenos, que en la más premiosa de los turcos. Y desde el primer momento la victoria huyó de sus filas y les volvió las espaldas.

El ejército era y había sido siempre deficiente, pero á sus faltas se agregó después la desmoralización y la indisciplina, dimanantes de los actos de pillaje y saqueo que se les toleró. Al mismo tiempo, la codicia y la ambición política se apoderó del alto mando, compuesto de generales demasiado pequeños para llevar con dignidad la falsa aureola que ellos mismos habían forjado. Entretanto los serbios se aprestaban á defender lo que reputaban unánimemente intereses nacionales, y los griegos se enardecían teniendo á su frente un monarca que los había llevado á la victoria y ansiando posesionarse de las comarcas donde imperaban exclusivamente sus armas y estaban habitadas por pueblos de raza helena. De suerte que los serbios y los griegos iban á defender, en realidad, su patria, mientras que los búlgaros trataban de apoderarse de territorios sobre los que no podían alegar derecho ninguno; para estimular al soldado adoptaron el partido de permitirle toda clase de excesos, con lo que sólo consiguieron que el ejército se debilitase aun más de lo que estaba. Y cometieron finalmente el error, apenas concebible, de dispersar sus tropas, dejar sin cubrir casi toda su línea de comunicaciones, abandonar las fronteras de la patria, y llevar la guerra á un paraje expuesto á la triple acometida convergente de turcos, griegos y serbios, sin enlace ninguno ó poco menos con las verdaderas bases de operaciones. Así se condujeron los ensalzados caudillos que habían obtenido fáciles y poco decisivas victorias sobre los otomanos.

Gracias á Europa no desaparecerá ahora Bulgaria del mapa; pero si no se enmienda radicalmente está condenada á desaparecer. Para sostener las codicias y prohiar ambiciosos planes de engrandecimiento territorial y político, es necesario disponer de un instrumento fuerte y perfecto, el ejército, y mantenerlo alejado de cuanto pueda contribuir á corroer los lazos de la disciplina. Obrar de otro modo solo conduce á correr aventuras que, aunque alguna vez salgan bien, á la larga han de terminar en un desastre irremediable y absoluto.

De todos modos puede decirse que desde los tiempos antiguos no se

había presenciado un caso semejante de un ejército que pierde tan rápidamente y por completo su cohesión. De donde se infiere que la verdadera potencia de un ejército es un factor muy delicado, respecto del cual nunca se podrá estar tranquilo ni confiado, porque, como sucede en todas las muchedumbres humanas, pasa rápidamente de un extremo al opuesto, á menos que se le haya educado sólidamente, más que intruído, en largos años del tiempo de paz y tenga á su cabeza generales dignos de este nombre.

TRISTES RESULTADOS DE TRISTES HISTORIAS

La muerte del un tiempo famoso y ensalzado general Stessel, ciego, paralítico, expulsado del ejército, privado de honores y emolumentos y recogido caritativamente por uno de sus antiguos subordinados de Port Arthur, trae á la memoria la triste epopeya corrida por los vencidos rusos al terminar la guerra con el Japón. Historia lamentable y que debiera haber provocado más comentarios de los que ha merecido á la atención mundial.

Después del desastre de Tsushima, los consejos de guerra del Imperio del Tsar condenaron con implacable rigor á los héroes rusos que no cometieron otra falta que la de no perecer como sus camaradas afortunados que se hundieron con los barcos ó fueron pulverizados por el fuego devastador de los acorazados de Togo. Por todas partes se vió entonces impericia, lenidad, hasta cobardía, cuando la simple estancia en aquellos barcos durante el combate sin volverse loco de terror implicaba un valor á toda prueba; pero los causantes de la derrota, los que enviaron á la muerte y á la destrucción á una escuadra sin instrucción, sin velocidad, sin homogeneidad, sin protección ni artillado suficientes, sin personal que mereciera el nombre de marino, esos, se limitaron á gozar de los esplendores de la existencia en San Petersburgo y en otras capitales, cuando no fueron los mismos que escudados tras la toga del magistrado condenaron á penas infamantes ó á la expulsión á sus compañeros que arrostraron toda suerte de penalidades y peligros; nadie castigó, ni tuvo sanción en los códigos rusos, el hecho de enviar una escuadra á dar la vuelta al mundo para que llegara maltrecha y sin condiciones marineras á la celada que durante meses enteros le estaba preparando el enemigo; fué el instrumento, la víctima quien pagó por todos; y ni la sociedad se conmovió, ni la misma marina tuvo nada que objetar. Y así Rojestvensky y todos sus subordinados, tuvieron que abandonar los uniformes que tanta gloria, ya que no prosperidad, habían dado á su nación.

De la misma manera, Stessel, el tan ponderado héroe de Port Arthur, fué la cabeza de ruso, más que de turco, sobre la que descargaron todos

los golpes de la impotencia, de la humillación, de la vergüenza, de la rabia del vencimiento. ¡Podía haber resistido algunas semanas más, tal vez dos ó tres, Port Arthur! Acaso sea cierto; démoslo por sentado, por evidente é innegable. Pero ¿no se sostuvo más de lo necesario para que el ejército de campaña pudiera sacar partido de la resistencia de aquella fortaleza? ¿Qué hicieron entre tanto los hombres que disponían de los destinos del Imperio, aquellos que regían los negocios de la Guerra, los directores de las operaciones, directores que no estaban en Manchuria, sino en los centros más ó menos burocráticos de San Petersburgo? Estos tales descargaban la responsabilidad sobre los que afrontaban la muerte todos los días y á todas horas; no les bastaba á los generales y soldados enviados á la guerra morir, unos, y afrontar, otros, impávidos las derrotas y seguir peleando, sino que habian de aprar el caliz amargo de que públicamente se les declarara responsables únicos de la catástrofe, y pagaran con su castigo las culpas ajenas, de aquellos mismos que desplegaban su sabiduría en los centros burocráticos, pero carecían de la entereza necesaria para someter sus planes y disposiciones á las balas japonesas.

Jamás se había visto una persecución en masa tan inhumana como la que presenció Rusia al terminar la guerra. Y para mayor escarnio, no faltaron afortunados á quienes se encumbraba y á los que sonreía la fortuna, veleidosa y arbitraria como siempre.

Bien está que se castigue á los que faltan, á los desididosos, á los que en cualquier concepto se hacen meredores de sanción; pero descargar las iras sobre los desgraciados, sobre los irresponsables, sobre héroes que en cualquier país que no fuera aquel se tomarían como modelo en que debieran inspirarse las generaciones venideras, revela ó una austeridad desconocida desde los tiempos de Esparta, y está Rusia muy lejos de poderla desplegar, ó un despotismo infiltrado en todas las clases sociales.

Las costumbres de aquel Imperio, en lo relativo á disciplina social, difieren completamente de las del resto del mundo, de las de todos los países que han llegado á la mayor edad en materia de civilización. La resignación, la conformidad, la pasividad espiritual, hacen posibles allí hechos que en otra parte ni se podrían concebir; y si es verdad que estas cualidades constituyen un fondo que da excelsas dotes de resistencia y de solidez al ejército ruso, ellas mismas, á la vez, son causa de que apenas se conozcan en él esas otras cualidades sin las cuales no puede subsistir un ejército moderno: amor á la iniciativa, gusto á la responsabilidad, independencia en el mando, acometividad; que ello no sólo es fruto de la educación y de la instrucción en tiempo de paz, sino más especialmente del ambiente social, de los hábitos generales, de las disciplinas extendidas á todas las clases y personas. Al fin y al cabo, el ejército no es más que el reflejo del pueblo, y en él brillan con mayor intensidad las dotes y virtudes, pero también los defectos generales, más acentuados, como

es natural, porque se ponen más de relieve en los casos de prueba y en las situaciones ostensibles.

De aquí que el fallecimiento de Stessel nos haya conducido á las consideraciones precedentes. Y en ellas ha de verse la causa de que Alemania y la misma Austria se preocupen tan poco de su colosal vecino, y solo le concedan una importancia secundaria, muy inferior á la que prestan á Francia y á Italia y á la Gran Bretaña. Es aquel un inmenso ejército, pero no hay allí proporcionalmente el debido número de voluntades; precisamente la voluntad es la primera base de la victoria, el primer factor con que debe contarse. En este concepto, el ejército ruso, donde tan grandes capacidades y amor al trabajo se encuentran, es más asiático que europeo.

La hecatombe moral de que fué víctima la plana mayor del ejército después de la guerra de Manchuria, fué, jurídicamente, motivada: se faltó al párrafo tal, del inciso cual, del artículo enésimo de cierto reglamento, y el peso de la ley (!) cayó asolador sobre el llamado culpable; pero ese mismo reglamento quedó incumplido años y años, y los encumbrados personajes ó simplemente los oficiales que no se movieron de junto las mesas de los despachos, no tuvieron antes, ni después, que someterse á los rigores de unos códigos que jamás se han interpretado á la letra de un modo parecido á como se les aplicó en aquella ocasión. Triste es verdaderamente que se guarden esas sanciones para esgrimirlas contra los ejércitos que si han sido derrotadas, no lo fueron por cobardía, por negligencia, por algo peor, sino porque no se les educó para otra cosa, ó bien porque se les puso en condiciones en que era imposible la victoria.

El extremar el rigor en casos tales, no conduce más que á la completa anulación de la voluntad y de la iniciativa; cuando estas flores son raquiticas y débiles, como acontece allí, la intemperancia en el castigo las mata y las destruye para un periodo muy largo; preferible sería premiarlas aunque condujeran alguna vez á la derrota, si se tiene en cuenta que con ellas es posible el triunfo, más que posible, probable, pero con su ausencia no se puede cosechar más que descalabros.

EL CAPITAN SUBRIO ESCÁPULA

LOS AVIADORES VOLUNTARIOS ALEMANES

A su debido tiempo nos ocupamos del cuerpo de automovilistas voluntarios alemanes, recordando que á pesar del gran número de automóviles ligeros y pesados que posee el ejército alemán, ha tenido la previsión de organizar el cuerpo de automovilistas voluntarios en el que ingresaron la gran mayoría de los propietarios y conductores civiles de automóviles.

Esta institución ha sido copiada en casi todos los países, incluso el nuestro, pero es menester reconocer que en ninguna parte ha logrado el desarrollo que en Alemania, tal vez debido á los hábitos sociales y al espíritu de disciplina que impera en aquel Estado.

Recientemente, los mismos alemanes han creado el Cuerpo de Aviadores voluntarios, asimilados al ejército en tiempo de guerra, y con el cual se proponen alcanzar una supremacía indiscutible sobre todos sus rivales, es decir, sobre Francia y Rusia reunidas. Figura al frente del nuevo Cuerpo un jefe que tiene á sus órdenes una plana mayor. Al estallar la guerra ú ordenarse la movilización, los aviadores voluntarios han de ponerse á las órdenes de las autoridades militares; en tiempo de paz, han de asistir á las maniobras que se convoquen, por un plazo de diez días al año, recibiendo una indemnización por sus servicios, y asistir á los cursos de instrucción. Mientras duran las maniobras y ejercicios, los automovilistas voluntarios quedan sometidos á las leyes y disciplina militar.

Las indemnizaciones que se les conceden son las siguientes: por cada aparato, el Estado abona al Comité director del Cuerpo una subvención de 3.000 marcos, por trimestres adelantados; por cada día de servicio, los aviadores voluntarios devengan 40 marcos (50 pesetas), corriendo por su cuenta los gastos de alojamiento y manutención, así como el entretenimiento del aparato; para el viaje de ida y vuelta desde su residencia y el transporte del aparato, reciben 200 marcos por cada aparato; los aeroplanos utilizados por los voluntarios han de estar en excelentes condiciones, llenar los requisitos de construcción reglamentarios, y llevar el equipo prescripto por la autoridad militar. No se admiten más que los aparatos de modelo reglamentario en el ejército.

Las condiciones exigidas para ingresar en el cuerpo de aviadores voluntarios son las siguientes: ser alemán; no formar parte, ni como oficial, ni como clase ó individuo de tropa, ni del ejército activo ni de las primeras reservas; poseer el título de piloto; sufrir un examen teniendo á la vista un aeroplano militar; comprometerse por escrito á servir en el cuerpo durante tres años por lo menos.

Terminado el tiempo de su compromiso, pueden contraer un segundo. El Estado responde de los accidentes que puedan acaecerle á un aviador voluntario mientras presta servicio, y el cuerpo de aviadores voluntarios de los accidentes que puedan ser causados por uno de sus miembros á un tercero. En lo que atañe al derecho á pensión, es el mismo que el de los oficiales del ejército activo; la pensión se regula suponiendo que los tales aviadores gozan de un sueldo de 7300 marcos anuales (760,50 pesetas mensuales); en caso de fallecimiento dejan pensiones de viudedad ó de horfandad lo mismo que los oficiales del ejército.

Paralelamente á esta medida, la suscripción nacional que se hizo para recaudar fondos con destino al fomento de la aviación y aerostación, ha

permitido crear varios centros de instrucción de pilotos, reconocidos oficialmente por el Estado. Estos centros son en número 19, y cada uno de ellos tiene derecho á instruir á expensas de la suscripción nacional tres alumnos que no hayan cumplido aun el servicio en filas y se comprometan á ingresar en 1.º de octubre próximo en el cuerpo de aviación militar y otros dos alumnos de la categoría de cabo, sargento ó sub-oficial, que se obliguen á efectuar dos periodos de instrucción ó ejercicios en el cuerpo de aviadores, de una duración de tres semanas en los dos años que siguen. En cuanto un alumno recibe el título de piloto, la fábrica en qué se ha instruido percibe una indemnización de 8.000 marcos. Los alumnos están asegurados contra los accidentes mientras dure su aprendizaje.

Se prepara por consiguiente Alemania á dar inusitado desarrollo á la aviación, y es posible, si no probable, que si estalla pronto una guerra tengamos alguna sorpresa, porque la verdad es que hasta el presente ni los aeroplanos ni los dirigibles han dado resultados apeciables, ni parecen haber entrado en el campo de aplicación militar práctica. Seguramente Alemania cuenta con que las cosas se desenvolverán de un modo muy diferente.



NUEVAS BOCAS DE FUEGO EN LAS PLAZA FUERTES

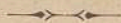
En los nuevos fuertes del campo atrincherado de Amberes, se ha dado cabida á dos tipos de piezas de pequeño calibre, fundando su instalación en un nuevo principio tan atinado, que admira cómo no se ha ensayado antes.

Sabido es que las piezas de pequeño calibre que se establecen en los fuertes tienen por objeto batir puntos de paso obligado, de escaso campo de tiro, tales como fosos, pasillos, etc. De esta suerte tales piezas suelen disponerse en el interior de casamatas, lo cual acarrea el inconveniente de que el humo y los gases del disparo no tardan en penetrar en el interior de la casamata, haciéndola inhabitable, sobre todo cuando el fuego ha de ser rápido, que es lo más probable. Por otra parte, cuando los cañones de pequeño calibre entran en acción es que el enemigo está ya muy cerca de las obras ó ha puesto el pié en ellas, y en tal eventualidad importa extraordinariamente que los artilleros se encuentren en condiciones excelentes de seguridad para conservar su tranquilidad de espíritu, única manera de que el fuego sea eficaz. Todos estos objetivos se consiguen con las nuevas piezas, tal como han sido proyectadas. Son un cañón de 57 mm. y otro de 75.

El primero se dispone empotrado, prácticamente, en el muro de la casamata, de modo que la misma pieza cierre ú obture por completo toda la abertura ó cañonera, impidiendo el acceso á los proyectiles enemigos.

En la boca interior de la cañonera se fija sólidamente una armadura metálica circular á la que se aseguran tres discos metálicos superpuestos. Van perforados en su centro, para dar paso á un anillo que lleva dos orejones verticales en los que se empalman otros horizontales, á modo de suspensión cardán, que sostienen el cañón. De esta suerte, la pieza puede moverse en todos sentidos y apuntar en cualquier dirección. La unión de la pieza con los orejones es rígida, impidiendo el retroceso, que queda absorbido por los tres discos metálicos que desempeñan el papel de muelles. El cañón tiene una longitud de 1,70 metros y da una velocidad inicial de 430 metros, disparando un proyectil de 2,725 kgs.

La otra pieza es un cañón de 75 mm., que, á causa de su mayor calibre, lleva un freno hidráulico y un recuperador de muelle. Va montado en una cañonera que difiere en detalles de la anterior aunque se funda en el mismo principio. Este cañón mide 1,70 metros de largo, pesa 285 kilogramos, dispara un proyectil de 6,5 kilogramos y da una velocidad inicial de 430 metros.



MAQUINA PARA LANZAR GRANADAS DE MANO

La casa "Défenseur", de Copenhague, ha construido un aparato, que denomina obús para el lanzamiento de granadas á mano, inventado por el ingeniero Aasen, muy conocido por las granadas de mano de diferentes tipos, que tanto se han extendido y han sido adoptadas en diversos ejércitos.

El obús está formado por un tubo de acero delgado de 95 centímetros de largo y 8,75 centímetros de calibre. El afuste es un caballete de madera que puede recogerse y plegarse para el transporte á modo de mochila en una cartera. Con todos sus accesorios el obús solo pesa 19 kilogramos.

La puntería en elevación puede hacerse según ángulos de 20° á 65°. El aparato lanza las granadas á distancias de 300 metros, siendo la velocidad de tiro casi la misma que á mano. No hay que temer explosiones prematuras, porque el proyectil no queda armado y montado para estallar hasta que se encuentra á una distancia de 10 metros de la boca. El manejo de esta máquina parece ser de gran sencillez.



OJEADA SOBRE LA GUERRA TURCO-BALKÁNICA

(Ligeras consideraciones y conclusiones)

Toda guerra deja detrás de sí un caudal de enseñanzas en el orden político y militar, forjadas en el crisol de la experiencia; y esto quizás se

pueda decir con mayor razón de la guerra turco-balcánica, en la cual guerra los ejércitos beligerantes, reclutados según el servicio general, han entablado la lucha con las armas más modernas, provistos de todos los medios tácticos auxiliares, de que se dispone en nuestros días, y dirigidos según los reglamentos y las preceptos de la ciencia militar moderna.

Ya hoy que va poniéndose sobre el tapete la verdad de los hechos militares en el teatro de la guerra se pueden sentar algunas consideraciones á base del estudio sobre las disposiciones tomadas y los procedimientos adoptados por ambos beligerantes.

I

“Es antigua regla de la guerra, que el que divida sus fuerzas será derrotado en detalle. Si queréis dar batalla, procurad reunir todas vuestras tropas: pues nunca se las emplea más útilmente”.—*Federico el Grande*.

“Los principios de César fueron los mismos que los de Alejandro y Anibal: tener las fuerzas reunidas, no ser vulnerable en ningún punto, caer con rapidez sobre los parajes importantes, y recurrir á los medios morales, á la reputación de sus armas, al temor que inspiraba, y también á los medios políticos, para mantener en la fidelidad á los aliados, y en la obediencia á los pueblos conquistados”.—*Napoleón*.

“Haz, pues, hijo mío, lo posible—dijo Cambises á Ciro—por sorprender con tropas en buen orden á los enemigos en desorden, con soldados bien armados á tropas sin armas, con gente despierta á gente dormida. Procura verlo todo sin ser visto y estar en punto ventajoso cuando ocupe tu adversario una mala posición”.—*Xenofonte-Ciropeida*.

“La previsión en la guerra debe abarcar lo posible como lo probable”.—*Marmont*.

“Un ejército nunca puede ser sorprendido más que por la presunción ó la impericia del que lo manda”.—*Feuquières*.

Llama en primer lugar la atención, que ambos contendientes—aliados y turcos—hayan diseminado sus fuerzas. Los turcos distribuyeron sus tropas en varios teatros de operaciones, á pesar de que precisamente la situación de ellos demandaba la concentración de sus esfuerzos en contra del enemigo principal. Los ejércitos de Montenegro y Serbia se vieron obligados á dividir sus fuerzas obedeciendo á razones geográficas. Si los ejércitos de Bulgaria y Serbia hubieran operado unidos habrían podido derrotar al enemigo común en el principal teatro de operaciones con mucha más eficacia de lo que fué posible; en tal caso hubieran operado con más éxito contra Constantinopla y la extenuación de los búlgaros no habría sobrevenido tan pronto. Parece que razones de índole política se opusieron á esta cooperación, aun cuando no se puede negar que tratándose de un adversario más preparado y enérgico que los turcos, hubiera sido quizás peligroso dejar desamparado el teatro de operaciones del oeste.

Parece que Turquía no estaba en condiciones de reunir sus fuerzas principales en la Tracia, á fin de arrojarle sobre su enemigo más peligroso, la Bulgaria, y aniquilarlo. La guerra que estalló tan repentinamente la sorprendió, pues se había confiado demasiado en la táctica de la diplomacia; el desorden que había en el ejército y el mal estado de las vías de comunicación y los medios de transporte desbarataron el plan de concentrar oportunamente sus fuerzas principales, para ejecutar desde un principio un golpe decisivo contra los búlgaros.

Los turcos, pues, no observaron, á causa de su preparación deficiente, ese principio estratégico que dice: "que se deben reunir todas las fuerzas para dirigir las contra un solo punto", y tuvieron que sufrir las consecuencias.

II

„Ejerce tal influencia la organización de los ejércitos, que de ella parece depender la suerte de las naciones".—*General Conde Morand.*

"Cálculalo todo, prévelo todo, organízalo todo, y date de antemano cuenta exacta de los medios de que dispones, á fin de no contar más que contigo mismo".—*Mariscal Bugeaud.*

"Entre un ejército organizado y una masa de tropas, establezco una diferencia esencial. Piedras, ladrillos, vigas, tejas, recogidas y amontonadas sin orden, no sirven de nada; pero si se disponen con arte desde los cimientos hasta la techumbre los materiales que no se pudren ni alteran, como las piedras y las tejas, y se añaden en medio los ladrillos y las vigas como en una edificación, resultará un sistema que adquirirá gran valor, ó sea una casa. Lo propio sucede en la composición de los ejércitos".—*Sócrates.*

"El *principio fundamental* de la guerra consiste en conducir, mediante marchas hábilmente combinadas, el grueso de las fuerzas de un ejército sucesivamente sobre los puntos *decisivos* del teatro de operaciones, y, en cuanto sea posible, sobre las *comunicaciones* del enemigo, sin comprometer las propias; en maniobrar de suerte que se empeñen nuestras *masas* contra *fracciones* no más del ejército contrario, en dirigir el día de la batalla, por medio de maniobras tácticas, el grueso de nuestras tropas sobre el punto decisivo del campo de batalla, ó sobre la parte de la línea opuesta que importa romper; y por último, en hacer de modo que dichas masas no sólo se hallen presentes en el punto decisivo, sino que sean puestas en acción con energía y conjunto, de suerte que produzcan un esfuerzo simultáneo".—*Jomini.*

La importancia de una preparación cuidadosa de la movilización se ha manifestado evidentemente en los rápidos éxitos de los búlgaros, que desde hace años se venían preparando para esta guerra; por consiguiente:

su organización militar funcionó en todas sus partes con la mayor perfección. La movilización de Serbia no se realizó tan llanamente, á causa de la falta de vagones sobre la línea férrea Nisch-Vranja. Relativamente rápida fué la del ejército de Montenegro, donde todos los hombres casi sin excepción, son soldados, y tienen en su poder el armamento ya en tiempo de paz; además este pequeño reino no posee tren y su artillería es escasa.

Por el contrario Turquía no supo preparar la movilización con la eficacia necesaria y en sus desastres se ha manifestado la importancia que tiene la organización sólida de los contingentes en tiempo de paz y un sistema de reemplazo territorial para el éxito de la movilización. En la organización de las tropas turcas había mucho desorden á causa de las rebeliones que, durante los últimos años, han estallado en diferentes puntos del territorio; á más de esto la dirección superior cometió la falta de ordenar alteraciones y modificaciones en la formación de guerra de los cuerpos de ejército y las divisiones poco antes de los momentos decisivos y aun en la víspera de las batallas, en menoscabo del mando y de la disciplina.

III

“Cuando se saben elegir y emplear los hombres, se dirigen igualmente bien los negocios privados y los públicos; cuando se carece de tal habilidad no se comete más que errores”.—*Sócrates*.

“Tal hombre ha nacido general, y tal otro cabo de escuadra; preciso es que se cumpla el destino de ambos: es una ley de justicia y de deber que la conciencia de los dos será la primera en establecer”.—*De Brack*.

“Nada se obtiene en la guerra sino por el cálculo; todo lo que no está profundamente meditado en sus detalles, no produce resultado alguno cierto”.—*Napolón*.

La *unidad de dirección* es especialmente necesaria tratándose de operaciones llevadas á cabo por ejércitos aliados; este difícil problema fué muy bien resuelto por los estados aliados. Antes de comenzar la lucha se fijó, bajo la vigilancia del Estado Mayor general búlgaro, el plan general de guerra, determinándose después los misiones especiales de cada ejército. También durante la guerra los aliados se han prestado mutuamente auxilio, como por ejemplo en la batalla de Kumanovo, en el sitio de Adrianópolis—búlgaros y serbios—y en los combates realizados cerca de Monastir—serbios y griegos.

El *Estado Mayor general turco*, por el contrario, parece no haber tenido un plan de guerra determinado y, al examinar sus operaciones, se recibe la impresión de que todos los jefes superiores, careciendo de directivas, tenían que obrar según su parecer. A más de todo esto, las enemis-

tades políticas se hicieron sentir desde el principio en las filas turcas; lo mismo que pasaba en la guerra franco-prusiana del 70 entre el ejército francés, y ruso japonesa, en el ejército ruso, 04-05, en la guerra entre el Perú y Chile, en el Perú, 1879-83 y lo que esas guerras nos enseñaron, las derrotas de los turcos nos lo ha venido á evidenciar.

El ejército turco se había empezado á reorganizar desde el golpe de estado de 1909 y aun estaba muy lejos de su consolidación, y en semejantes condiciones, se debe evitar la guerra, siempre que sea posible. Pero en cuanto los estadistas y los jefes militares se han cerciorado que el adversario ha emprendido los preparativos, hay que hacer otro tanto, sin la más mínima pérdida de tiempo. Turquía vacilaba aun, cuando la movilización de los aliados estaba ya en plena actividad y con esta vacilación agravó aun más la falta de disposición de su ejército.

IV

“Sólo M. de Louvois estaba bien servido por sus espías; pero no oscatimaba el dinero; todos los franceses que se hallaban en Alemania ó en Holanda, eran espías á su servicio; maestros de bailes, ó de esgrima, criados de servicio, escuderos, en todas las cortes. Después de su muerte no se supo continuar este sistema; y he aquí porque están siempre tan ignorantes de todo los ministros del día”.—*Correspondencia de la duquesa de Orleáns, madre del Regente*

“Sabido es que una demasiada grande seguridad resulta peligrosa. Tratar de sorprender, y no omitáis nada para no ser sorprendidos. Una tropa sorprendida, sucumbe siempre vergonzosamente ante otra menos numerosa y valiente; y su jefe no tiene excusa”.—*Vegecio*.

Otro punto importante se refiere al servicio de espionaje. Y una prueba de que él estaba perfectamente organizado por los aliados, es que provocaron la guerra oportunamente y se manifiesta además en los asaltos impetuosos de los búlgaros. La táctica atrevida que ellos sin duda no habrían adoptado sino hubieran estado perfectamente informados, por su servicio de espionaje, de lo que podían arriesgar impunemente.

Un servicio de espionaje militar bien organizado es indispensable y cuenta entre las condiciones primordiales para asegurar el éxito. Las noticias que las informaciones oficiales de los diplomáticos pueden suministrar no son de ninguna manera suficientes, y la prueba de ello es que, en Europa, Turquía gozaba de un concepto militar exagerado y se creía á los aliados más débiles de lo que eran en realidad.

Dresden (Alemania)

J. C. GUERRERO.

(Continuará)

BIBLIOGRAFIA

Les Armées des principales Puissances au printemps de 1913, Paris, 1913.—Librería Chapelot, 30, Rue Dauphine, VI, París.—466 páginas (20 × 13), encuadernación en tela flexible, 4 francos.

Esta publicación, tan conocida y apreciada en todo el mundo, ha entrado en su cuarto año, siendo en extremo interesante la comparación que resulta entre la edición del presente año y las anteriores. Se comprueba palpablemente el aumento continuado de los armamentos en todas las naciones del mundo y las incesantes mejoras introducidas en el material, organización, reclutamiento y los varios servicios de las fuerzas armadas de todos los países.

Son tantas y tan profundas esas modificaciones, que es casi imposible poderlas seguir, aun leyendo una copiosa literatura, de donde se deduce la grande utilidad é importancia de esta obra, merced á la cual se puede adquirir un conocimiento íntimo y profundo, con todos los pormenores de las instituciones militares de las Potencias, así como de los sistemas políticos y de Gobierno relacionados con el ejército y la dirección de una campaña.

En la época actual, azarosa y de incertidumbre como pocas, esta obra debiera ser consultada no ya por los oficiales del ejército, sino por todas aquellas personas civiles que se preocupen de las relaciones internacionales y del papel que, acaso, pronto corresponda desempeñar á España en un conflicto. Es una obra en la que no falta nada y está escrita con mucha pericia y por mano conocedora y experta de estos asuntos.

Les Compagnies montées du Sud Oranaïs, par le Capitaine Maurel.—París, 1913. Librería Chapelot. 57 páginas (23 × 14).

El Capitán Maurel ha escrito un interesante estudio sobre la organización actual de la infantería montada en Argelia, dando preciosos datos sobre la constitución y empleo de las compañías montadas. Son, por ahora, en número de cuatro, agregadas á los regimientos extranjeros que les suministran los cuadros y tropas. Después de reseñar los antecedentes de las compañías montadas, el autor examina su organización y expone con detalles su régimen de existencia en organización y en campaña.

Se ocupa enseguida de su empleo táctico, mostrando primero los esfuerzos de que son capaces aquellas unidades, y luego los servicios que de ellas han de esperarse y los procedimientos de combate que les conviene; estudia, finalmente, la manera de valerse aisladamente de estas tropas, presentando el ejemplo de algunas operaciones de guerra. Es un folleto muy interesante, en particular por lo que se relaciona con la organización de nuestras tropas del norte de Marruecos.

Le Médecin divisionnaire, par le docteur Dommartin.— Paris, 1913. Librería Chapelot, 47 páginas (23 × 14).

El nuevo Reglamento francés sobre el servicio de sanidad en campaña creó, para el servicio de guerra, el médico divisionario, encargado de dirigir en conjunto el servicio sanitario de la división. Las atribuciones del médico divisionario resultan á la vez completas y variadas; el doctor Dommartin estima, con razón, que para desempeñar cumplidamente aquel cargo es menester poseer un método riguroso de trabajo, que facilite la rápida resolución de los múltiples problemas que se presentarán á su examen. De esta suerte estudia el papel del médico divisionario en el periodo de concentración, durante la marcha de la división, en el combate y después de la batalla. Este folleto es de gran utilidad para los oficiales del cuerpo de Sanidad, cualquiera que sea su categoría, porque se ocupa en él de los métodos de trabajo más adecuados á proporcionar el máximo de cuidados y atenciones á los heridos, mediante la cooperación de los esfuerzos comunes.

La aviation militaire en 1912, par le Lieutenant Albert Vallet.—Paris, 1913. Librería Chapelot, 30 páginas (28 × 14).

El autor de este excelente trabajo examina el partido que en caso de guerra puede reportar un ejército de la aviación. Presenta al aeroplano utilizado como elemento de exploración, instrumento de reconocimiento táctico, agente de enlace y auxiliar de la artillería. Estudia después el empleo eventual del aeroplano como máquina de guerra; aunque este punto no esté aun resuelto, el teniente Vallet opina que con los constantes progresos de la aviación se acerca el día en que podrá utilizarse el avión como máquina de combate y de destrucción. Sin dejar de reconocer los inmensos servicios que la aviación está ya en disposición de prestar, concluye que no ha de inspirar entusiasmos prematuros, y no debe verse en la aviación la panacea universal ni el recurso único y seguro para obtener la victoria.

Tan juicioso criterio recomienda por si mismo la lectura de este folleto; opinamos, como el autor, que, por excelente que sea el material, el hombre continúa siendo y será siempre el primer instrumento de combate.

Etude sur l'emploi tactique du fusil et de la mitrailleuse (liaison du feu et du mouvement), par le Lieutenant-Colonel Rénard.—Paris, 1913. Librería Chapelot. 72 páginas (23 × 14).

Sabido es que en el combate la maniobra y el fuego son inseparables; la acción del tiro no tiene otro objeto que preparar y facilitar el movimiento de avance.

Partiendo de este principio, enunciado en todos los los reglamen-

tos, el teniente coronel Renard resume, en pocas pero substanciosas páginas, el conjunto de reglas sobre la dirección del grupo en el fuego y las de la dirección del fuego del grupo.

Examina sucesivamente el enlace del fuego y del movimiento en las situaciones tácticas (combate ofensivo y defensivo, maniobras de noche, retiradas, etc.), deteniéndose en cada caso en el objetivo que se trata de alcanzar, los principios tácticos que han de aplicarse y los efectos del fusil considerados aisladamente y en combinacion.

Este trabajo se apoya en la aplicación de las reglas universalmente adoptadas en los modernos reglamentos de tiro y de combate. El método que propone parece excelente, porque sintetiza los principios enunciados en aquellos textos, evitando largas y enojosas consultas. Recomendamos, por consiguiente, la lectura de este útil trabajo á todos los oficiales que han de aplicar el fuego en el combate; porque les simplificará mucho su cometido y dejará grabados en sus mentes los puntos más interesantes y de mayor trascendencia en el campo de batalla.

Aperçu sur la campagne de Thrace, par le Colonel breveté Desbrière.—Paris, 1913. Librería Chapelot. 54 páginas (23 × 14), con cinco croquis en el texto.—1'25 francos,

El antiguo jefe de la Sección histórica del Estado Mayor del ejército francés, coronel Desbrière, estudia en este folleto la campaña que se desarrolló en Tracia desde el 18 de octubre al 17 de noviembre del año pasado, 1912. Comienza por describir la movilización y concentración de los turcos y búlgaros, examina rápidamente el teatro de operaciones y, ateniéndose á los datos hasta ahora fidedignos y huyendo de detalles cuya verdad se desconoce; describe las operaciones, comprendiendo los movimientos de los ejércitos y las grandes batallas que tuvieron lugar en aquella provincia. Atribuye los éxitos de los búlgaros, de una parte, á la bravura de las tropas, á su disciplina y tenacidad, y de otra; á la habilidad del alto mando, que supo unir á la prudencia la energía en la ejecución.

Dada la reputación del coronel Desbrière no es menester insistir en las favorables cualidades que adornan su último escrito. Fiel al método histórico, da á conocer las fuentes de información de que se ha valido; pero somete á una rigurosa crítica los documentos en que se apoya. El plan adoptado es acertado y el desarrollo se efectúa de un modo metódico; un estilo sencillo y claro hace agradable la lectura de este folleto, que recomendamos á nuestros lectores.